

Una madrileña, entusiasta de los conciertos en el Retiro de la «querida Banda Municipal», doña M. de Aldana, pedía muy encarecidamente que se acotase y se embelleciese con plantas y flores el recinto en torno al quiosco de la música. Ella cree que el lugar de los conciertos al aire libre, a donde acude tanto público, debiera ser un lugar predilecto entre todos los del Retiro. Yo me atrevo a decirle a mi comunicante la madrileña melómana que precisamente ahora se está estudiando el traslado del citado quiosco, para alejarlo de los ruidos callejeros que allí perturban el silencio que requieren los conciertos. Se estudia la posibilidad de instalarlo en el centro del lago

\* \* \*

En fin, en la semana hubo de todo. Por no faltar, hasta la falsa alarma de rigor a bordo del avión de la Iberia en vuelo desde Stuttgart, y que por fortuna no pasó de eso, de falsa alarma. Y ayer domingo, soleado y tibio, reunión familiar en el Retiro alrededor de Rodrigo de Santiago dirigiendo a la Banda Municipal una breve antología de música española, con una inopinada incrustación de don Mauricio Ravel, el hombre de Ciboure: la "Pavana para la infanta difunta", que el músico francés ensoñó en los bojes austeros de El Escorial. Después de sus solemnes compases, los chispeantes que el maestro Guerrero concibió en dedicación, a ritmo de paso doble, en honor del popular Pedro Chicote, su gran amigo. Como de todos nosotros, claro.